

Luis Goytisolo

Diario de 360°

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Miércoles, 17 de marzo. HISTORIA DE DIOS. Descubrir que no se es inmortal, que hay más dioses, cuya vida tampoco es eterna. El drama de saberse absoluto, pero sólo para sus criaturas. La decepción de haber dado por bueno el significado de un nombre y enterarse de pronto del error cometido: ni absoluto ni eterno. O absoluto y eterno pero sólo en términos relativos: respecto a cuanto había creado, no respecto a sus iguales.

Lo comprendió así cuando se vio reflejado en los océanos y cayó en la cuenta de que sus cabellos no eran ya castaños y rizados sino blancos y lacios en torno a la soleada calva de la coronilla. Su aspecto no era, con toda evidencia, el que había sido. ¿Qué significaba eso?

Lo preguntó a gritos y desde otros universos le llegó la respuesta: tú no eres más eterno que tu universo. Nadie lo es.

Fue por aquel entonces cuando empezaron los achaques y desarreglos, como si todo y todos se hubieran aunado en hacerle entender que aquello iba en serio. A las consultas sucedieron los escáneres, las resonancias magnéticas, los fríos calores del cobalto. Hasta que una enfermera empezó a velarle y a tenerle entretenido, a cantarle canciones de la infancia, aquello de a la una, a las dos y a las tres, la vida es un soplo que se me escapó. Un soplo o algo por el estilo.

Jueves, 25 de marzo. LLEGAR A LA CIUDAD. Que los primeros recuerdos se refieran al campo y no a la ciudad imprime carácter, aunque sólo sea porque en la ciudad apenas si se perciben las estaciones del año. Recuerdo perfectamente el día en que llegué a la ciudad, a Barcelona, cuando tenía alrededor de cinco años. Una ciudad de la que todo lo que sabía, por más que hubiera nacido en ella, era lo que me habían contado. Algo que sin duda ha influido en el hecho de que nunca haya considerado verdaderamente a Barcelona como mi ciudad; llegué a ella demasiado tarde para que eso fuera posible.

En el futuro, además, iba a asociar la ciudad al colegio y el campo a las vacaciones de verano. Un campo lleno de alicientes, propicio a imaginar todo género de aventuras. Había armas abandonadas, en los bosques, en el fondo de los estanques, y municiones ocultas en los desvanes, en las dependencias agrícolas. Las armas estaban estropeadas, pero las municiones estallaban cuando se declaraba un incendio. Recuerdo una bayoneta oxidada y una escudilla integradas ya por el musgo en el sotobosque. Años después, al vaciar el mayor de los estanques, encontraron los restos de un cuerpo con el capote puesto.

En casa hablábamos en castellano, pero la gente del campo hablaba en catalán, y yo aprendí los nombres de las cosas en los dos idiomas. Supe así desde siempre que no hay nombres naturales, por más que allí, situado en aquel paisaje, tuviera la impresión de que el nombre natural de las cosas era el catalán, y el que yo les daba, su traducción. De ahí que cuando empecé a escribir ni se me ocurriera referirme a ese mismo paisaje en otro idioma que el mío, como si ya supiera que la escritura tiene que ver, no con la realidad evocada, sino con quien la evoca.

Viernes, 26 de marzo. BALDOSAS. Si el disimulo con que los adultos se comportaban en relación al sexo, como si no existiera, como si no tuviese ningún papel en la vida, me parecía el engaño más colosal y arbitrario al que éramos sometidos los niños, en las mujeres me parecía especialmente hipócrita. Más que el disimulo del deseo, me contrariaba que escapase a mi percepción la satisfacción de ese deseo, la aparente ausencia de huellas del ejercicio erótico recién realizado. Sólo en alguna ocasión, ante una presencia femenina cuya particular belleza pareciese animada por un toque de sensualidad, me asaltaba la convicción de que esa mujer acababa de hacerlo. Bajo aquel exterior elegante y aquellos movimientos decididos y desenvueltos, se ocultaba la íntima satisfacción de acabar de hacerlo. Claro que tampoco ningún adulto parecía leer lo que yo creía llevar escrito en la resuelta expresión del rostro, escandalosamente impreso en los ojos tras la frialdad de la mirada, una frialdad transparente como el cristal: el carácter perverso de mis propios deseos, su brillo luciferino. Por esa época, los perros, osos y leones que hasta entonces había creído ver en el arlequinado del piso, en el veteado de las baldosas, se había trocado en una sucesión de orgiásticas imbricaciones corpóreas, abriéndose, cerrándose, abrazándose. Mis deseos, o mejor, los movimientos necesarios para convertirlos en actos, plasmados incluso en la materia inanimada, esencia no ya de la vida sino incluso del propio mundo.

Sábado, 27 de marzo. PROPUESTA DE ANUNCIO. Espejo tenía la impresión, según le hablaban, de haber soñado aquella conversación, palabra por palabra, la noche anterior. Una impresión con tantos visos de realidad que le permitía saber lo que su interlocutor iba a decir antes de que fuese dicho. Claro que lo que le estaba diciendo parecía verdaderamente sacado de un sueño: él, Camino y el Gordo,

los tres, habían sido elegidos para un anuncio televisivo, una breve filmación en la que su papel consistía en ser exactamente como eran, un matrimonio relativamente joven con un hijo, captados por la cámara en su vida de cada día. Lo único que se les pedía era que se dejaran filmar. De hecho, ya les hemos filmado, decía su interlocutor, al igual que a muchos otros matrimonios, mediante cámaras ocultas; y ha sido precisamente el visionado de esas filmaciones lo que nos ha decidido a seleccionarles. Es lo que buscábamos, la medida exacta: usted, un abogado entregado a su empresa; su mujer, Camino, abogada en ejercicio especializada en mujeres maltratadas; y el Gordo, uno de esos chicos de hoy que, como quien dice –y con perdón– están todo el día con el dedo metido en el culo. En suma, Vds. se dejan filmar, sin siquiera enterarse, como hasta ahora, y nosotros nos ocupamos del resto. Lo único que tienen que hacer respecto a este asunto es cobrar; y una buena tajada, por cierto. ¿Era posible que una oferta como aquélla no formase parte de un sueño?

Domingo, 28 de marzo. CORDILLERA IMPERCEPTIBLE. En la compra oyó algún comentario, pero hasta que fue a por el periódico no supo de qué se trataba exactamente. Un tipo con una revista deportiva bajo el brazo se lo estaba contando al de la papelería y Natalia no tuvo más que quedarse a escuchar. En el huerto de la Rectoría habían encontrado un muerto. No, no un muerto de ahora; un muerto antiguo. Una excavadora de esas pequeñas lo había descubierto nada más empezar a trabajar.

Natalia sintió la necesidad de hablar, no por el hecho de vivir sola sino para decir algo ingenioso que deslumbrara a sus interlocutores. Su ego se lo pedía y a ella le gustaba complacerle.

–Pues a partir de ahora, más que el Huerto del Cura habrá que llamarlo el Huerto del Muerto.

No pillaron el juego de palabras, cosa de esperar. El cliente, incluso, aceleró su partida, como asustado. El de la papelería, en cambio, se enrolló como cada día, casi declamando, también como cada día. Un discurso único de contenidos humanistas, localistas y ecologistas, a los que contraponía la desoladora realidad cotidiana de La Poblá. Lo había hablado mil veces con el alcalde: la necesidad imperiosa de crear un Instituto Municipal de Estudios Históricos que promoviera la investigación del pasado de La Poblá. Pero nada, todo quedaba en buenas palabras. A nadie le interesaba nada de nada. Se expresaba como sobreactuando, debido posiblemente a su escasa facilidad de palabra que compensaba a fuerza de mímica y matización gestual. Posiblemente escribía poesía en secreto. Su físico era a la vez sombrío y lunar, marcado por los contrastes, el pelo muy negro y la tez muy pálida, los ojos saltones, de pupila resbaladiza, gordo y delgado al mismo tiempo, y de edad imprecisa entre los veinte y los cuarenta. La tienda adolecía de un similar contraste luminoso, y los estantes y mostradores daban la sensación de estar recién montados a semejanza de una de esas exposiciones escolares de fin de curso que, de la noche a la mañana, se instalan en un aula cualquiera del colegio.

Natalia decidió llegarse hasta la Rectoría, a lo largo de la calle mayor casi desierta, con coches aparcados a uno y otro lado y alguna que otra mujer cruzando recogida sobre sí misma, como si todavía fuese pleno invierno.

En el huerto no había más que cuatro jubilados tomando el sol junto al agujero abierto por la excavadora. Dijeron que ya se lo habían llevado, que todos se habían ido, el juez, el Dr. Noel, el alcalde, los guardias. Del muerto quedaban sólo los huesos. En cambio, estaba intacta la ropa, un paño muy recio de color marrón. Y una vela de cera que al parecer llevaba entre los huesos de las manos.

Lunes, 29 de marzo. EL PRADO. Nadie como Vivaldi ha sabido expresar el influjo de las cuatro estaciones en el ser humano, irracionales como son tanto la naturaleza como la música: sucesión cíclica erigida desde la Antigüedad en modelo mismo del paso del tiempo. Ese despliegue de esplendorosas mutaciones que como una racha de viento se extiende por los campos, sustancias casi líquidas, amarillos pegajosos que desde las yemas y los cálices se configuran en hojas, en flor, en fruto, para luego secarse en ocres crujientes y verse abatidos. Del manto negruzco de la putrefacción despuntarán, avanzado el invierno, al tibio sol de la mañana, los nuevos brotes húmedos: aire embebido de abejas, de zumbar de alas, de mariposas recién abiertas. Es en invierno cuando empieza a la vez que acaba el ciclo. Una de esas mañanas que son ya en sí mismas un anuncio de la primavera.

El prado se había formado de un modo natural sobre algún cultivo abandonado, al pie mismo del bosque. En el lindero había una de esas pequeñas construcciones de piedra que los campesinos solían utilizar para guardar los aperos y guarecerse. La hierba estaba muy crecida tras las últimas lluvias, y los primeros pasos por aquel verde tierno y mulido fueron más inquietos que vacilantes. El prado quedaba en la umbría, un lugar muy propicio a las serpientes, y no era posible ver dónde se ponía el pie. Una intuición pronto confirmada, ya que al tiempo que sonaba su silbido entró la serpiente en el campo visual, erguida entre la hierba como un sable en alto. Parecía aproximarse, pero en realidad cortaba el prado transversalmente, en dirección al bosque. Sobresalta, dijeron. Pero el susto se lo habrá llevado ella. Corre muchos peligros. Sobre todo de arriba, las águilas que caen desde lo alto.

Martes, 30 de marzo. La invención de la imprenta, al coincidir con el redescubrimiento de los clásicos grecolatinos, facilitó enormemente la difusión de sus obras. Ambos hechos son consustanciales al Renacimiento, del que forman su núcleo central. El número de lectores no había aumentado sensiblemente. Pero lo que sí aumentó de forma considerable fue el número de libros a los que era posible tener acceso, y el conocimiento del griego y del latín, entonces muy extendido, propició la difusión de conceptos inexistentes en las lenguas romances. El escritor, incluso el mero lector, se convirtieron en personas de gran influencia social. Sabían más. Entendían mejor el mundo y se entendían mejor a sí mismos. Gracias a la lectura, sugerencias conceptuales o estéticas inventadas por otro iluminaban de súbito su vida cotidiana. Luego, la novela moderna aportó una visión del mundo diferente a la de los poetas y a la de los filósofos. Una representación verbal de la vida no reducible a la formulación lógica ni a la emoción poética, y que tampoco es susceptible de ser resumida, de ser expresada en palabras distintas de las que configuran el propio texto. El número de lectores aumentó considerablemente en el curso de los siglos XIX y XX, si bien la lectura instrumental, la lectura de textos de carácter práctico en los que el enunciado agota el significado, se ha extendido siempre en proporción mucho mayor que la lectura creadora. Es probable que hoy, cuando el analfabetismo ha desaparecido de Occidente, la proporción de lectores no instrumentales sea sin embargo comparativamente la misma que hace doscientos años. La conjunción de informática y audiovisuales consolidará sin duda la figura del lector instrumental o técnico. Es decir: un tipo de lectura que no es equiparable a la lectura creadora, en la que lo importante no es el extracto, resumen o información que de ella pueda recibirse, sino el poso dejado en el lector por esa experiencia intransferible que es la de incorporar a la propia vida a través del intelecto las palabras inventadas por otro.